

La diplomacia guerrillera: una propuesta conceptual para estudiar la Guerra Fría latinoamericana y caribeña

Guerrilla Diplomacy: A Conceptual Proposal for Studying the Latin American and Caribbean Cold War

Fabián Campos Hernández

 <https://orcid.org/0000-0002-2391-1697>

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede México
fabiancamposh@gmail.com

Resumen

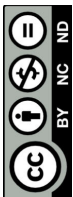
En este artículo se propone el concepto de diplomacia guerrillera para analizar la actuación de las organizaciones marxistas-leninistas durante la Guerra Fría en América Latina y el Caribe. El objetivo es recuperar la agencia de actores no estatales mediante un término que se centra en las actividades internacionales de estos grupos. El método se fundamenta en las tesis leninistas sobre el «programa mínimo» y el «frente nacional», analizando su práctica en una fase estratégica —relaciones con el campo socialista— y una táctica —alianzas con la oposición democrático-burguesa—. Se identifican sus principales características, así como los condicionantes que las afectan. Esta problematización es útil para explicar las articulaciones singulares entre lo local y lo global, evitando reducir las estrategias insurgentes a meras copias de otros modelos.

Palabras clave: diplomacia guerrillera, estrategias insurgentes, relaciones internacionales, marxismo-leninismo, Guerra Fría.

Abstract

This article proposes the concept of «guerrilla diplomacy» to analyze the actions of Marxist-Leninist organizations during the Cold War in Latin America and the Caribbean. The objective is to recover the agency of non-state actors through a term that focuses on these groups' international activities. The method is grounded in Leninist theses concerning the «minimum program» and the «national front», by analyzing their application in a strategic phase —relations with the socialist camp— and a tactical phase —alliances with the democratic-bourgeois opposition—. The main characteristics of these practices, as well as the factors influencing them, are identified. This problematization is useful for explaining the specific articulations between the local and the global, avoiding the reduction of insurgent strategies to mere copies of other models.

Key words: guerrilla diplomacy, insurgent strategies, international relations, Marxism-Leninism, Cold War.



Recibido: 07/10/2025

Aceptado: 04/02/2026

Publicado: 20/04/2026

Introducción

Durante el primer cuarto del siglo XXI, importantes académicos latinoamericanos, estadounidenses y europeos han reflexionado sobre la Guerra Fría desde una perspectiva centrada en América Latina y el Caribe.¹ Este robusto corpus académico ha logrado posicionarse frente a la visión eurocéntrica, que privilegiaba la confrontación entre las superpotencias —Estados Unidos y la Unión Soviética— y la escalada nuclear. Al revisar distintas coyunturas nacionales, se ha demostrado que los conflictos locales no fueron solamente reflejos de la pugna global, sino procesos de viejo cuño que se articularon de manera singular con el enfrentamiento militar e ideológico, y que reivindicaron la agencia de los actores locales y la relevancia de factores clave como la cultura.

Uno de los campos más fructíferos de esta corriente es el que recupera las historias locales, reconoce la agencia de los actores no estatales y enfatiza el compromiso con la verdad y la justicia. Sin embargo, es preocupante que parte de estos esfuerzos presenten en su arquitectura narrativa metonimias y sinécdoques que afectan su poder explicativo.

Es común, por ejemplo, encontrar trabajos en los que el término «imperialismo» o una frase aislada de un presidente estadounidense pretende definir la totalidad de la política exterior de la Casa Blanca durante cinco décadas. Esta visión soslaya los cambios de énfasis entre administraciones, las disputas internas entre «halcones» y «palomas», las tensiones entre los poderes del Estado y el papel de los grupos de interés que cabildearon durante los más de 18 000 días que duró el conflicto. Esta representación plana y lineal de la superpotencia regional oscurece los procesos históricos que se busca redimensionar.

De igual manera, ciertas coyunturas locales suelen presentarse como síntesis de todo el proceso regional, lo que impide problematizar que los actores no son idénticos a sí mismos a lo largo del tiempo. Al intentar convertir casos específicos en ejemplos generales para todo un país o región, se pierde la valoración de las articulaciones singulares entre lo local y lo global. Finalmente, en lo referente al componente ideológico, sorprende la escasez de referencias sobre la política exterior soviética, a menudo sustituida por menciones puntuales a Cuba o al «marxismo» de forma genérica, sin profundizar en los matices y las apropiaciones locales de dicha teoría en contextos específicos.

¹ Por ejemplo, se encuentran los trabajos colectivos de Daniela Spenser (2004), Roberto García Ferreira y Arturo Taracena (2017), y Thomas Field, Stella Krepp y Vanni Pettinà (2020); y obras individuales como las de Greg Grandin (2011), Odd Arne Westad (2015) y Tanya Harmer (2017).

Estas observaciones no pretenden agotar los vicios narrativos de la historiografía reciente. El fin de este artículo es presentar una alternativa teórica que permita superar tales limitaciones: el concepto de «diplomacia guerrillera».

El concepto de diplomacia guerrillera desde la teoría de las relaciones internacionales

Grosso modo, la teoría clásica de las relaciones internacionales consideraba que el poder ejecutivo de un país, a través de su ministerio o secretaría de Relaciones Exteriores, era el único actor con capacidad para estructurar y ejecutar la política exterior. El estadocentrismo de esta definición no solo imponía al gobierno nacional como actor privilegiado y central del análisis, sino que reducía el espectro de fenómenos observables. Un hito en la crítica a esta visión fue la obra de Robert Keohane y Joseph Nye (2012), *Power and Interdependence*, publicada originalmente en 1977. Los autores establecieron que ya no existía una jerarquía en la que la seguridad nacional y el poderío militar encabezaran la agenda internacional de los gobiernos. Esto les permitió señalar el peso de la economía, el comercio, el medio ambiente y las finanzas como temas de política exterior que debían estudiarse bajo el lente de una «interdependencia compleja» entre las naciones.

Este planteamiento posibilitó situar a otros sujetos en el centro del análisis. Así, surgieron teorizaciones como la «paradiplomacia», para estudiar a los actores distintos a las cancillerías —otros ministerios, el poder legislativo, gobiernos locales, etc.—, y la «diplomacia paralela», centrada en la actividad de organismos no gubernamentales que irrumpen «donde los actores privados son tradicionalmente apartados» (Rouillé, 2008: 103).

A pesar del carácter disruptor de los planteamientos de Keohane y Nye (2012), con el paso de los años surgió una crítica hacia las limitaciones de esta vertiente. Si bien en las relaciones internacionales dejó de concebirse al gobierno como actor único, el grueso de los esfuerzos se centró en actores no estatales que, por definición, no buscaban sustituir al gobierno nacional como representantes legítimos del Estado. Por ello, escaseaban las herramientas teóricas para estudiar las actividades de grupos armados orientadas a conseguir apoyos políticos, económicos o militares en el exterior, aunque estas prácticas son tan añejas como la conformación de los Estados mismos.

Con el nuevo milenio, el panorama cambió. En 2001, Clifford Bob publicó «Marketing Rebellion: Insurgent Groups, International Media, and NGO Support»,

donde analiza los factores que determinan el respaldo internacional a un actor armado. En 2007, Navin Bapat presentó «The Internationalization of Terrorist Campaigns», donde indaga en las motivaciones de grupos «terroristas» para operar desde otros Estados, así como en las razones del gobierno nacional para aceptar la presencia de estos grupos en su territorio. En 2014, Bridget Coggins dio a conocer *Power Politics and State Formation in the Twentieth Century*, obra en la que trata el reconocimiento internacional de los movimientos secesionistas. A partir de estos antecedentes, Reyko Huang publicó en 2016 su artículo «Rebel Diplomacy in Civil War», donde propone el concepto de *rebel diplomacy*, que ha sido utilizado desde entonces para hacer referencia a las razones y el impacto de la actividad internacional de los grupos armados en conflictos internos (Bob, 2001; Bapat, 2007; Coggins, 2014; Huang, 2016).

El uso de la *rebel diplomacy* como herramienta conceptual se ha centrado en colectivos que reúnen tres características: a) son grupos armados en confrontación con un gobierno, b) despliegan labores internacionales, y c) obtienen respaldos externos que impactan en el desenlace del conflicto. Recientemente, el concepto ha entrado en diálogo con la ciencia política y la historia global. Un ejemplo es el libro editado por Stephan Hensell y Klaus Schlichte (2025), *Armed Groups and the Politics of International Legitimation*, que reúne estudios de caso sobre las guerrillas de Indonesia y Vietnam, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) de Nicaragua, la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), Hamás y los talibanes, entre otros.

Es necesario reconocer los aciertos de la *rebel diplomacy* para sistematizar elementos antes ignorados. Los estudios en cuestión representan aportes del calado de lo realizado por Keohane y Nye hace medio siglo. Sin embargo, su uso implica riesgos. Al abarcar un periodo tan extenso, los análisis de algunas actividades que bien podrían estar presentes desde el surgimiento mismo del Estado nacional podrían pasar por alto los impactos que la configuración del sistema mundial ejerce sobre cómo se gesta y se configura la *rebel diplomacy*, así como sobre sus objetivos y alcances. Por poner un ejemplo, la estrategia internacional de un grupo armado cuya actividad se remonte a las postrimeras de la Segunda Guerra Mundial y se mantenga hasta nuestros días no pudo ser la misma durante la Guerra Fría (1945-1991) que bajo el sistema unipolar dominado por Estados Unidos (1992-2001) o en la actual multipolaridad impulsada por los BRICS. Asimismo, no se debe soslayar que el componente ideológico —sea político, religioso o cultural— impacta directamente en el trabajo internacional; es

decir, un grupo marxista-leninista posee herramientas y objetivos distintos a los de un grupo de corte islámico.

Ignorar cómo los momentos históricos y las ideologías moldean el diseño diplomático de los grupos armados puede conducir a que la *rebel diplomacy* caiga en lo que Giovanni Sartori definió como un «estiramiento del concepto»:

Con esto hemos identificado también la naturaleza del error en el que incurren los comparativistas en su empeño por obtener universales capaces de «viajar», más allá de la urbe, por todo el orbe. El «estiramiento del concepto» no es más que la tentativa por aumentar la extensión de los conceptos sin disminuir su intensidad; de este modo, *la denotación se extiende al precio de ofuscar la connotación*. Con el resultado de obtener no conceptos más generales, sino su desfiguración, es decir, meras generalidades, o mejor aún, meras *genericidades*. La diferencia estriba en que un concepto general (que incluye una multiplicidad de especies dentro de un género más amplio) antecede a las «generalizaciones» científicas; mientras que de las meras generalidades, de los conceptos «genéricos», sólo se obtienen discursos vagos y confusos (Sartori, 2010: 294, énfasis añadido).

Atendiendo a esta circunstancia, proponemos el concepto de «diplomacia guerrillera», el cual se nutre de la *rebel diplomacy*, pero busca reducir los riesgos del «estiramiento conceptual» mediante una mayor precisión histórica e ideológica.

La diplomacia guerrillera

Entendemos por diplomacia guerrillera el conjunto de prácticas de gestión y representación internacional que desplegaron las organizaciones político-militares de orientación marxista-leninista durante la Guerra Fría. Con esta actividad buscaban proyectar la legitimidad de los grupos armados en el sistema internacional para obtener reconocimiento como fuerzas beligerantes o representantes de la soberanía nacional. Su objetivo era alterar la correlación de fuerzas interna, captar apoyos políticos y materiales, disputar al Estado nacional el monopolio de las relaciones exteriores en su camino hacia la toma del poder y, finalmente, incidir en la confrontación bipolar.

La distinción entre la *rebel diplomacy* y la diplomacia guerrillera no es meramente terminológica, sino de densidad conceptual. Mientras que la primera opera como una categoría «paraguas» que puede ser utilizada para estudiar fenómenos tan dispares como las insurgencias étnicas, los grupos secesionistas o

las milicias religiosas, la diplomacia guerrillera permite una disección más fina de las organizaciones político-militares de la Guerra Fría.

A diferencia del modelo de Huang (2016), que tiende a priorizar la racionalidad estratégica de los actores armado para obtener recursos en un «mercado internacional de apoyos», la diplomacia guerrillera introduce la variable ideológica como motor de identidad y legitimidad. Para casos como el FSLN en Nicaragua o el Viet Cong en Vietnam, la actividad internacional no era un simple ejercicio de marketing insurgente, sino una extensión de la lucha de clases y del internacionalismo proletario. En esos contextos, la diplomacia guerrillera no solo buscaba fusiles, sino la validación de un proyecto de Estado alternativo dentro de un sistema bipolar. Por esta razón, el uso del término evita el «estiramiento del concepto» sartoriano al reconocer que los objetivos y el lenguaje diplomático de una guerrilla marxista-leninista —inserta en una red de solidaridad transnacional y bloques ideológicos— son cualitativamente distintos a los de un grupo armado contemporáneo en un sistema multipolar o fragmentado.

Para estudiar la diplomacia guerrillera es necesario seguir un modelo de análisis en dos dimensiones dialécticas derivadas de la praxis política leninista: una dimensión estratégica y una táctica. Asimismo, la eficacia de la diplomacia guerrillera en un caso histórico concreto se evalúa mediante la interacción de seis variables condicionantes: 1) hegemonía de la vanguardia, 2) disponibilidad de la vanguardia para el despliegue de la diplomacia, 3) disponibilidad de aliados tácticos nacionales, 4) respuesta del gobierno nacional, 5) disponibilidad de aliados internacionales, y 6) el enemigo hegemónico

El fundamento marxista-leninista de la diplomacia guerrillera

La primera revolución de contenido socialista que triunfó en el mundo fue la acontecida en la Rusia zarista, cuyo máximo líder y teórico fue Vladimir Ilich Lenin. De la vasta producción de este pensador ruso, resulta indispensable recuperar, por su relevancia para la diplomacia guerrillera, sus reflexiones sobre el «programa mínimo de la revolución» y el «frente nacional», así como sus implicaciones para la política de alianzas, las cuales permitieron la construcción del gobierno proletario en Rusia.

Desde principios de 1904, el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR) atravesaba una crisis interna provocada por dos tendencias. La «minoría» —mencheviques— buscaba que el movimiento obrero estableciera alianzas

con los sectores democrático-burgueses bajo las demandas de estos últimos. Por el contrario, la «mayoría» —bolcheviques—, encabezada por Lenin, señalaba la necesidad de mantener un movimiento proletario marxista que impusiera su propia formulación de dichas demandas.

Esta crisis se agudizó cuando los sectores democrático-burgueses propusieron una Asamblea Constituyente que mantuviera la figura del zar bajo una monarquía constitucional. Ante esto, la «minoría» sostuvo que el movimiento obrero debía ocultar sus demandas de clase para no ahuyentar a los aliados (Lenin, 1977a: 87-88). En respuesta, durante el III Congreso del POSDR, en 1905, Lenin debatió estas tesis argumentando que ocultar las posiciones revolucionarias para evitar el miedo de los sectores conservadores desdibujaría los principios de la lucha; se conseguirían libertades inmediatas, pero posponiendo indefinidamente las demandas de clase (Lenin, 1977b: 395-397) y fortaleciendo, en última instancia, las posiciones liberales de corte contrarrevolucionario (Lenin, 1977c: 354).

Para conjurar una solución «bonapartista», Lenin postuló que el POSDR no debía ocultar su «programa máximo» (la revolución socialista), pero que era posible establecer alianzas tácticas en torno a un «programa mínimo» que diera cuerpo a un «frente nacional» contra el antiguo régimen. Este frente nacional incluía: «las corrientes democráticas consecuentes y decididas que aceptan todo el programa democrático de la socialdemocracia [comunista], que no retroceden ante ninguna medida revolucionaria, pero que no poseen la clara conciencia de clase de los socialdemócratas [comunistas]» (Lenin 1977d: 330).

Esta alianza con la democracia revolucionaria se complementaba con acuerdos interclase. «Junto a la burguesía campesina contra los terratenientes, junto al proletariado rural contra la burguesía», fue la consigna leninista (Lenin, 1977d: 331). Bajo este esquema, los comunistas se aliaron con los liberales para destruir la autocracia, pero manteniendo la agitación y denunciando las limitaciones de la democracia burguesa (Lenin, 1977d: 330-331)

En resumen, Lenin estableció la posibilidad de llevar a cabo alianzas plurales en lo político y policlasistas en lo social en torno a un objetivo principal: el derrocamiento del gobierno para, posteriormente, presionar al gobierno provisional hasta alcanzar el programa máximo: el socialismo (Lenin, 1961: 4-5).

Sin embargo, Lenin advirtió que estas alianzas debían ser continuamente revaloradas para evitar que las posturas moderadas frustraran la dictadura del proletariado. A pesar de los riesgos, él ponderó que estas tenían un valor estratégico y táctico crucial:

Sólo se puede vencer a un enemigo más poderoso poniendo en tensión todas las fuerzas y aprovechando *obligatoriamente* —con el mayor celo, minuciosidad, prudencia y habilidad— la menor «grieta» entre los enemigos, *toda contradicción de intereses entre la burguesía de los distintos países* y entre los diferentes grupos o categorías de la burguesía en cada país (Lenin, 1977e: 52, énfasis añadido).

Lenin sentenciaba que quien no comprendiera la habilidad para aplicar esta verdad en la práctica no habría aprendido nada sobre el socialismo científico, siendo esta premisa aplicable tanto para el periodo anterior como para el posterior a la conquista del poder político (Lenin, 1977e: 52).

En conclusión, el legado de Lenin para la diplomacia guerrillera se resume en tres elementos fundamentales que transforman la teoría de la revolución en una herramienta de relaciones internacionales:

1. *La dualidad programática como eje diplomático*: el concepto de programa mínimo es la piedra angular de la dimensión táctica. Permitía que la organización guerrillera se presentara ante el mundo no solo como un grupo insurgente, sino como una opción de gobierno razonable y necesaria, capaz de articular un frente nacional que incluía a sectores democráticos, religiosos o liberales, aislando así al régimen dictatorial en el plano internacional.
2. *La explotación de las contradicciones del enemigo*: la búsqueda de la grieta leninista enseña que el sistema internacional no es un bloque monolítico. La diplomacia guerrillera identifica y aprovecha las tensiones internas entre la burguesía y las potencias para abrir espacios de legitimidad en los que el Estado nacional intenta imponer un cerco.
3. *La hegemonía de la vanguardia en la negociación*: Lenin advierte que la apertura táctica no debía significar la disolución ideológica. En la diplomacia guerrillera, esto se traduce en que, mientras la dimensión táctica buscaba aliados diversos, la dimensión estratégica —el programa máximo— garantizaba que la organización mantuviera su cohesión y su proyecto socialista, evitando ser absorbida por los intereses de sus aliados coyunturales.

Bajo esta lógica, la diplomacia guerrillera no es una desviación del marxismo-leninismo, sino su aplicación más sofisticada en el ámbito de las relaciones internacionales. Es la conducción de la lucha de clases por medios diplomáticos, proceso en el que el reconocimiento internacional es el terreno en disputa.

Las dimensiones de la diplomacia guerrillera

La diplomacia guerrillera desarrollada durante la Guerra Fría presentó dos dimensiones, una estratégica y otra táctica.

Dimensión estratégica

La dimensión estratégica de la diplomacia guerrillera comprendió las relaciones internacionales que establecieron los grupos comunistas del mundo. Para su estudio, es imperativo partir de que el marxismo, tanto en su dimensión teórica como en su praxis política, no fue un bloque homogéneo. Por el contrario, coexistieron en su interior diversas corrientes de interpretación que no siempre compartieron la misma perspectiva ni las mismas definiciones de acción política: marxismo-leninismo, estalinismo, trotskismo, maoísmo, guevarismo y un sinnúmero de otros «ismos». Asimismo, es necesario tener presente que estos actores no mantuvieron una postura estática entre 1945 y 1991, por lo que deben valorarse los virajes respecto al apoyo otorgado a otros grupos de su misma afinidad ideológica. Bajo esta premisa, ya sea que se analice una organización particular o un conjunto de grupos nacionales, las posibilidades de la diplomacia guerrillera con gobiernos, partidos y personalidades internacionales dependieron, en gran medida, de la pugna por la hegemonía entre las facciones internacionales y locales de dicha tendencia, así como de su evolución durante el periodo.

Por ejemplo, cada organización marxista operaba con sus propios vínculos internacionales. Durante el primer tramo de la Guerra Fría, el eje de la disputa se centró en la obtención del reconocimiento del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Lograr este aval no solo implicaba formalizar nexos con los Estados y los organismos del campo soviético, sino que investía a la organización local de una legitimidad política superior y de recursos materiales que le permitían disputar la hegemonía frente a sus pares. Aquellas facciones que no alcanzaban dicho respaldo se veían compelidas a aliarse con la organización reconocida o a integrarse en ella, o bien a sostener la pugna desde otras «internacionales» o referentes, dinámica que se acentuó tras la ruptura sino-soviética y el triunfo de la Revolución cubana. En los casos en los que la alianza o integración fue posible, la suma de fuerzas potenció los vínculos con el campo socialista y fortaleció, en última instancia, la proyección del movimiento en el escenario nacional.

Por otro lado, existe una conexión directa entre los apoyos externos y la operatividad interna. Las estrategias y tácticas que los grupos marxistas desplegaron

en los ámbitos locales estuvieron influenciadas por las definiciones de sus aliados internacionales. Si el referente externo propugnaba una lucha frontal contra las otras clases sociales, el grupo local evitaba alianzas con la pequeña o mediana burguesía. Si, por el contrario, el referente señalaba que la estrategia correcta era la formación de frentes amplios, la diplomacia guerrillera se abocaría a conseguir dicho objetivo.

Sin embargo, esta influencia no debe considerarse una «sobredeterminación» que anulaba el margen de maniobra de los actores locales. La aceptación de estas directrices dependía, primordialmente, de la legitimidad que el aliado internacional gozara ante sus ojos, pero también de la convicción propia de que tal actitud era la adecuada para su contexto particular. Cuando estas condiciones de legitimidad y convencimiento no coincidían, se producían fracturas y distanciamientos dentro del movimiento revolucionario, procesos que coadyuvaban a explicar la vasta diversidad de corrientes que caracterizó al periodo.

Dimensión táctica

La dimensión táctica de la diplomacia guerrillera estuvo condicionada por la concurrencia de partidos, organizaciones y personalidades no marxistas que aglutinaban demandas de sectores como el campesinado y la burguesía nacional en sus distintos estratos. Estos actores, motivados por intereses diversos, coincidían en su oposición al régimen y poseían sus propias redes de relaciones internacionales. A las fuerzas liberales y conservadoras de la primera mitad del siglo XX se sumaron posteriormente socialdemócratas y demócratas cristianos, que constituyeron las principales opciones del sector «democrático-burgués».

Esta dimensión táctica se manifestó a través de dos grandes posibilidades de acción: en primer lugar, la formación de alianzas para alcanzar el poder mediante vías diversas —desde procesos electorales hasta golpes de Estado— y, en segundo lugar, el establecimiento de coaliciones con sectores democrático-burgueses ya instalados en el poder con el fin de impulsar reformas estructurales.

La operatividad de estas alianzas adoptó tres formas diferenciadas según el equilibrio de poder interno: 1) influencia coyuntural: casos en los que los marxistas, sin ser los actores hegemónicos, lograban una influencia superior a su representatividad real debido a crisis específicas; 2) reformismo dentro del sistema: experiencias en las que el bloque marxista impulsaba reformas sociales, pero la hegemonía y el marco del sistema permanecían bajo control de los sectores moderados, y 3) hegemonía revolucionaria: situaciones en las que los marxistas controlaban el frente nacional, utilizando el «programa mínimo» para transitar hacia el socialismo.

Es imperativo subrayar que en los tres escenarios se ejercía diplomacia guerrillera, pues en todos existía una gestión internacional insurgente activa. Sin embargo, el grado de hegemonía alcanzado al interior del frente nacional condicionaba los alcances de sus objetivos: a menor hegemonía, la diplomacia se limitaba a la sobrevivencia o la reforma; a mayor hegemonía, se proyectaba hacia la transformación radical de la sociedad.

Esta diferenciación táctica coincidía o entraba en tensión directamente con lo establecido en la dimensión estratégica. La correlación era evidente: cuando el aliado estratégico internacional favorecía la moderación, la diplomacia guerrillera local tendía a amoldarse a formas de hegemonía limitada. Por el contrario, cuando el respaldo estratégico provenía de actores que impulsaban la ruptura, la presión por alcanzar la hegemonía absoluta dentro del frente se intensificaba.

Bajo esta lógica, cuando la convergencia entre comunistas y no comunistas se cristalizaba, se producía un fenómeno crucial: si bien los sectores democrático-burgueses poseían su propia red diplomática preexistente, los comunistas empezaron a usarla activamente. Al navegar por estos canales ajenos, los revolucionarios lograron captar aliados en esos sectores moderados alrededor del mundo, rompiendo el cerco ideológico «natural» de la Guerra Fría. Esta sinergia ampliaba drásticamente el radio de acción de los insurgentes y desplegaba todo el potencial de la diplomacia guerrillera, cuya efectividad final dependía de la habilidad de la vanguardia para gestionar simultáneamente la lealtad ideológica —estratégica— y la amplitud de alianzas —táctica—.

Las condicionantes de la diplomacia guerrillera

Primera condicionante. Hegemonía de la vanguardia: la cohesión interna como blindaje de la política exterior

La primera condicionante de la diplomacia guerrillera fue la hegemonía de la vanguardia, que se define como la capacidad de una organización para mantener una dirección política unificada que subordina las diversas corrientes internas a una sola estrategia exterior. En el complejo mapa de la izquierda de la Guerra Fría, la vanguardia no solo debía mediar entre partidos socialistas y comunistas, sino que operaba como un árbitro entre múltiples «ismos» —marxismo-leninismo, trotskismo, maoísmo, guevarismo, etc.— cuyas diferencias no eran meramente teóricas, sino que implicaban lealtades geopolíticas contrapuestas.

La eficacia de la diplomacia guerrillera dependía de que esta diversidad no fragmentara la interlocución con el exterior. Cada corriente aportaba vínculos con

terminales distintas: el bloque prosoviético ofrecía la infraestructura del PCUS y el guevarismo conectaba con la Cuba revolucionaria y la Tricontinental, mientras que las corrientes maoístas y trotskistas poseían redes que a menudo desafiaban la línea de la «coexistencia pacífica» soviética.

Para alcanzar esta hegemonía, existían tres mecanismos principales: 1) liderazgo por capacidades operativas y relacionales: una organización lograba el liderazgo natural al demostrar superioridad en sus redes nacionales e internacionales; 2) unidad en la diversidad: esfuerzos unificados bajo una misma estrategia que permitían gestiones separadas pero alineadas, evitando que las disputas —como la ruptura sino-soviética— paralizaran la acción local, y 3) exclusión y disciplina política: aquellas facciones que no aceptaban las directrices eran excluidas de la vanguardia o anatemizadas —es crucial señalar que esta «anatemización» no era solo un castigo interno, sino una medida para evitar que las fisuras ideológicas sirvieran para deslegitimar al movimiento al presentar el panorama nacional como grupos enfrentados y sumidos en el caos—.

Un punto fundamental es que esta hegemonía no siempre fue un proceso puramente endógeno; a menudo fue estimulada o forzada por los aliados externos. Actores como Cuba o la URSS frecuentemente condicionaban la entrega de recursos estratégicos a la existencia de una «mesa unitaria», lo que obligaba a los grupos a dirimir sus pugnas para presentarse como un interlocutor válido.

Asimismo, la hegemonía de la vanguardia funcionaba como el blindaje necesario para la fase táctica: solo una organización con una cohesión interna férrea podía permitirse alianzas con sectores de la burguesía nacional sin riesgo de disolverse ideológicamente. La vanguardia operaba como el «ancla» que permitía la flexibilidad diplomática con sectores no marxistas, sin perder el control del proyecto revolucionario.

Segunda condicionante. La posición marxista ante la alianza: entre la pureza ideológica y la apertura táctica

La segunda condicionante para el éxito de la diplomacia guerrillera residió en la postura política de los propios grupos marxistas respecto a las alianzas con sectores democrático-burgueses. Este factor determinó si el movimiento permanecía confinado en su identidad ideológica o si lograba proyectarse como una fuerza nacional con vocación de poder.

Cuando las organizaciones revolucionarias, influenciadas por visiones ortodoxas o puristas, asumieron una política de rechazo a las alianzas con sectores no

marxistas, la fase táctica de la diplomacia guerrillera resultó imposible. En estos escenarios, la actividad internacional del grupo quedó limitada exclusivamente a su dimensión estratégica; es decir, a vínculos con el campo socialista y redes de solidaridad ideológica. Las consecuencias de este repliegue fueron determinantes para el curso de la lucha:

1. *Limitación del «poder de fuego»:* al cerrarse a la fase táctica, los revolucionarios perdieron el acceso a recursos financieros, logísticos e informativos que solo los sectores democrático-burgueses y sus redes internacionales podían proveer —por ejemplo, gobiernos liberales, socialdemocracia europea o redes empresariales disidentes—.
2. *Imposibilidad de aislar al régimen:* el aislamiento internacional de un gobierno nacional autoritario dependía de una condena multilateral. Una diplomacia guerrillera que solo hablaba con el bloque soviético permitía al régimen victimizarse como baluarte del «anticomunismo», manteniendo sus apoyos en Occidente. Por el contrario, la alianza táctica fracturaba ese apoyo y despojaba al régimen de su legitimidad frente al mundo capitalista.
3. *Déficit de legitimidad postrevolucionaria:* la diplomacia guerrillera buscaba prefigurar el futuro Estado. Si desde la insurgencia no se construía un reconocimiento amplio que trascendiera las fronteras ideológicas, el eventual nuevo gobierno nacería en una situación de cerco diplomático. Como se observa en la historia contemporánea, la legitimidad de un nuevo orden depende, aún hoy, del reconocimiento más amplio posible de gobiernos alrededor del mundo.

Por tanto, la renuncia a la alianza táctica —ya fuera por sectarismo o por una lectura errónea de la correlación de fuerzas— condenó a muchos movimientos a una existencia periférica. La diplomacia guerrillera solo alcanzó su plenitud cuando la vanguardia fue capaz de trascender la lealtad al campo socialista —estratégica— para insertarse en las redes del orden internacional liberal-burgués —táctica—. Utilizaron esta apertura como una palanca para multiplicar su capacidad de enfrentamiento y asegurar su supervivencia política a largo plazo.

Tercera condicionante. Grado de aceptabilidad de la alianza: el veto o apertura del sector democrático-burgués

La tercera condicionante para un despliegue amplio de la diplomacia guerrillera estuvo determinada por el grado de aceptación o rechazo que una alianza con los comunistas provocaba al interior de las fuerzas democrático-burguesas na-

cionales. Esta dimensión estableció un límite real a la fase táctica: por más que la vanguardia lograra una hegemonía interna y una claridad estratégica, si los interlocutores no marxistas rechazaban la convergencia, los resultados diplomáticos eran nulos o mínimos.

Esta aceptabilidad dependía de tres factores críticos que articulaban lo local con lo global:

1. *El costo político de la cercanía con los «ismos»:* para los partidos liberales, socialdemócratas o demócrata-cristianos, aliarse con una vanguardia que mantenía lealtades explícitas con el bloque soviético o la Cuba revolucionaria implicaba un riesgo de estigmatización internacional. La diplomacia guerrillera solo era efectiva cuando la vanguardia lograba convencer a estos sectores de que el «programa mínimo» —objetivos democráticos inmediatos— prevalecía sobre el «programa máximo» —socialismo—.
2. *La percepción de la hegemonía:* si las fuerzas democrático-burguesas percibían que la vanguardia marxista era demasiado poderosa o intransigente en su hegemonía interna, temían ser instrumentalizadas y terminar subordinadas —anatemizadas— en un eventual triunfo. Por ello, la diplomacia guerrillera operaba mejor cuando existía una percepción de equilibrio o necesidad mutua frente a un enemigo común.
3. *El acceso a las redes internacionales burguesas:* como se mencionó anteriormente, el gran triunfo táctico de los comunistas consistió en empezar a usar las redes diplomáticas de sus aliados no marxistas. Sin embargo, este acceso estaba condicionado a la confianza, pues solo se producía cuando los sectores moderados aceptaban la alianza y abrían sus «puertas» en las cancillerías de Occidente, la Internacional Socialista o foros regionales, lo que permitía a los revolucionarios romper el cerco del campo socialista y captar aliados en sectores impensables para un insurgente ortodoxo.

Cuarta condicionante. La respuesta del Estado: políticas de apertura, cooptación y represión

Una cuarta condicionante que determinó los alcances de la diplomacia guerrillera fueron las acciones y reacciones de los gobernantes ante la crisis de legitimidad. El Estado no fue un actor pasivo, sino que desplegó estrategias que alteraron la disposición de los sectores democrático-burgueses para confluir con la vanguardia marxista.

Ante la inconformidad social, los gobiernos optaron fundamentalmente por dos vías que condicionaron la fase táctica de la diplomacia insurgente:

1. *La política de apertura y prebendas —solución bonapartista—*: en algunos contextos, el régimen optó por la apertura hacia la oposición moderada, integrándola mediante prebendas y espacios de poder. Esta decisión generó dos escenarios opuestos. Por un lado, la oposición democrático-burguesa, al ver satisfechas sus demandas mínimas o sus intereses de grupo, se cerró a cualquier alianza con los revolucionarios, excluyéndolos de los beneficios del pacto y dejando a la diplomacia guerrillera aislada en su fase estratégica. Por otro lado, en ciertas coyunturas fueron los propios comunistas quienes se integraron a lo que la terminología marxista denomina una solución bonapartista, en la cual el Estado actúa como árbitro aparente de la lucha de clases, lo que merma la capacidad de ruptura del movimiento y limita su proyección internacional.
2. *La respuesta represiva y la cerrazón política*: la otra posibilidad de los gobiernos fue enfrentar a la totalidad de la oposición bajo un discurso y prácticas de represión indiscriminada. Esta reacción tuvo, paradójicamente, dos efectos catalizadores para la diplomacia guerrillera:
 - *La alianza por supervivencia*: cuando la represión alcanzó a los sectores moderados, estos se encontraron más dispuestos a aliarse con los comunistas. Esta convergencia abrió las puertas a una aplicación profunda de la diplomacia guerrillera, permitiendo a los revolucionarios acceder a las redes internacionales de la burguesía y acelerar la acumulación de fuerza interna hacia la toma del poder.
 - *El repliegue por temor*: sin embargo, la represión masiva también pudo generar el efecto contrario: llevar a los sectores moderados a culpar exclusivamente a los marxistas de la violencia gubernamental. En este caso, los demócratas se convirtieron en aliados, cómplices u observadores omisos de la represión, lo que rompía cualquier posibilidad de frente nacional.

En conclusión, los resultados de la diplomacia guerrillera no dependieron únicamente de la coherencia de la vanguardia o de la voluntad de sus aliados, sino de la capacidad del gobierno nacional para dividir a la oposición. La eficacia de la diplomacia insurgente residió, en última instancia, en su habilidad para capitalizar los errores represivos del Estado y transformarlos en puentes diplomáticos con los sectores no marxistas.

Quinta condicionante. El entorno geopolítico y la postura de los aliados internacionales del régimen

La quinta condicionante para la aplicación de la diplomacia guerrillera fue el comportamiento de los aliados internacionales de los gobiernos constituidos. La eficacia de la insurgencia en el plano externo estaba estrechamente ligada a la coherencia o fractura del bloque hegemónico occidental y a cómo las potencias, principalmente Estados Unidos, gestionaban el conflicto social en la región.

Esta condicionante se manifestó en tres escenarios dinámicos:

1. *Garantía de represión por alineamiento ideológico*: cuando la geopolítica global atravesaba momentos de extrema polarización y oposición frontal al marxismo, los gobiernos nacionales obtuvieron garantías suficientes para implementar políticas de represión generalizada. En estos periodos, la comunidad internacional liderada por Estados Unidos cerraba filas con el régimen, lo que disminuía drásticamente la potencialidad de la diplomacia guerrillera al anular cualquier eco de sus demandas en los foros occidentales.
2. *Presión por reformas y apertura*: si, por el contrario, los aliados internacionales del régimen, como ocurrió durante ciertos periodos de la Doctrina Carter o mediante las presiones de la socialdemocracia europea, sostenían la necesidad de reformas sociales y políticas para evitar «nuevas Cubas», los gobernantes en turno se veían forzados a encabezar procesos de apertura. Esta flexibilidad permitía al Estado cooptar demandas de los sectores democrático-burgueses, alejándolos de la influencia marxista y debilitando la fase táctica de la diplomacia guerrillera.
3. *La contradicción entre el régimen local y la tendencia global*: un escenario propicio para la diplomacia guerrillera se presentaba cuando los gobiernos nacionales se oponían a las tendencias internacionales que favorecían reformas como mecanismo de pacificación. Al resistirse a las sugerencias de sus propios aliados externos, los regímenes quedaban aislados y vulnerables. Esta cerrazón gubernamental permitía una implementación más profunda de la diplomacia guerrillera. A saber:
 - en su dimensión estratégica, al capitalizar el discurso de la «lucha contra una dictadura anacrónica» para obtener más recursos del campo socialista, y
 - en su dimensión táctica, al presentarse como el único aliado real de una burguesía nacional que se sentía traicionada o desprotegida por un gobierno que no seguía el ritmo de las transformaciones globales.

En conclusión, la diplomacia guerrillera operó con mayor éxito en las fisuras de la hegemonía. Cuando los aliados internacionales del Estado retiraban su apoyo incondicional o exigían reformas que el régimen local no podía o no quería cumplir, se abría un espacio de oportunidad que los revolucionarios aprovecharon para proyectar su agencia y acumular fuerza política y militar en ambas dimensiones de su acción internacional.

Sexta condicionante. El papel del hegemon: la política exterior de Estados Unidos y la estructura de dependencia

Por su peso específico, el papel de Estados Unidos como *hegemon* mundial y regional es fundamental. Desde finales del siglo XIX, la convergencia de intereses entre el gobierno y las corporaciones estadounidenses consolidó un legado imperialista en la que definieron como su zona de influencia exclusiva. Esta dinámica configuró sistemas económicos y políticos que dieron lugar a lo que se llamó las «repúblicas bananeras», donde el control de los sectores más dinámicos de la economía garantizaba la hegemonía de Washington, con el apoyo entusiasta de las oligarquías agroexportadoras locales bajo un modelo de capitalismo dependiente.

Desde esta estructura, el gobierno y las empresas estadounidenses, en alianza con las elites nacionales, sostuvieron en el poder a regímenes capaces de mantener el *statu quo* mediante la coerción y la violencia. No obstante, la diplomacia guerrillera encontró en los matices y virajes de las administraciones estadounidenses vetas de posibilidad o negación como las siguientes:

- *La apertura reformista*: en momentos de agudización del conflicto social, Washington pudo optar por retirar el apoyo a los gobiernos nacionales, lo que permitió procesos de reforma en aras de preservar la continuidad del sistema. Estos escenarios abrieron ventanas de oportunidad para que los sectores democrático-burgueses —en alianza o no con los comunistas— desalojaran del poder a los antiguos servidores de los intereses metropolitanos.
- *La cerrazón estratégica*: por el contrario, cuando la Casa Blanca priorizó la contención absoluta sobre la reforma, la diplomacia guerrillera se vio severamente limitada en su capacidad de interlocución con actores occidentales, lo que la forzó a un repliegue hacia su dimensión estratégica.

Es fundamental reconocer que, aunque el objetivo último de impedir el ascenso comunista fue una constante, la diplomacia guerrillera enfrentó condiciones

radicalmente distintas según la presidencia de turno. No fue lo mismo operar bajo la política de «buen vecino» de Franklin D. Roosevelt que bajo la rigidez de Dwight D. Eisenhower; ni bajo el impulso reformista de la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy comparado con la escalada bélica de Lyndon B. Johnson; o la política de derechos humanos de Jimmy Carter frente a la contraofensiva ideológica y militar de Ronald Reagan.

En conclusión, la diplomacia guerrillera en América Latina estuvo supeditada a la capacidad de la vanguardia para leer y aprovechar las contradicciones de la política exterior estadounidense. La efectividad de la insurgencia dependió de su habilidad para insertarse en las fisuras que dejaban los cambios de administración en Washington, y utilizó la presión internacional para erosionar el apoyo del *hegemón* a los gobiernos locales y ganar espacios de legitimidad para el proyecto revolucionario.

A partir del análisis de las condicionantes expuestas, es posible concluir que el éxito y despliegue total de la diplomacia guerrillera no fue un fenómeno espontáneo, sino el resultado de coyunturas específicas en las que se alinearon factores estructurales y de agencia. El escenario «ideal» para la efectividad de la diplomacia insurgente se configuró bajo la conjunción de los siguientes elementos:

- *En la dimensión estratégica:* la existencia de un bloque socialista —liderado por la URSS o Cuba— dispuesto a comprometerse política, económica y militarmente con los esfuerzos de las organizaciones revolucionarias nacionales, proveyendo la retaguardia necesaria para sostener el conflicto.
- *En la dimensión táctica:* una oposición democrático-burguesa dispuesta a converger con la vanguardia marxista en un frente nacional, priorizando un «programa mínimo» de democratización sobre las divergencias ideológicas de largo plazo.
- *En la dimensión estatal:* gobiernos nacionales que, al implementar una represión masiva e indiscriminada, clausuraron las vías de participación legal para la oposición moderada, empujándola inevitablemente hacia la alianza con el sector insurgente.
- *En la dimensión sistémica:* un entorno internacional —compuesto por gobiernos, partidos y personalidades en Estados Unidos, América Latina y Europa— dispuesto a distanciarse de los regímenes dictatoriales. Este apoyo de actores no marxistas en el exterior fue el que permitió que la oposición, incluso en su vertiente armada, fuera escuchada y legitimada globalmente.

En definitiva, la diplomacia guerrillera alcanzó su máxima potencialidad cuando logró romper el aislamiento ideológico y se transformó en una gestión de unidad nacional con eco internacional. En este escenario, la vanguardia no solo era un actor militar, sino el eje de una red de relaciones que lograba aislar al régimen local, captar recursos del campo socialista y ganar la legitimidad necesaria ante la comunidad internacional para perfilarse como un nuevo Estado en formación.

Los objetivos de la diplomacia guerrillera

Cuando se conjugaron los escenarios óptimos de las condicionantes previamente analizadas, la diplomacia guerrillera que desplegaron las organizaciones marxistas-leninistas trascendió la mera propaganda para convertirse en una herramienta de gestión internacional multidimensional. En estos contextos, sus actividades se articularon en torno a cinco objetivos fundamentales:

1. *Denuncia y deslegitimación internacional*: difundir de manera sistemática los crímenes y actos de vesania cometidos por el gobierno nacional, así como por sus aliados internacionales y locales. El propósito era erosionar la base moral del régimen ante la opinión pública mundial.
2. *Captación de solidaridad transideológica*: obtener el respaldo político de un espectro amplio de actores —gobiernos, partidos políticos, organizaciones e individuos— tanto marxistas como no comunistas. Esta convergencia permitía que la lucha insurgente dejara de ser vista como un conflicto «faccional», para ser percibida como una causa humanitaria y democrática de alcance global.
3. *Aislamiento diplomático del régimen*: establecer, mediante el apoyo coordinado de redes comunistas y sectores democrático-burgueses, un cerco diplomático sobre el gobierno nacional. Este aislamiento buscaba asfixiar la capacidad de maniobra exterior del régimen y forzar su resquebrajamiento interno.
4. *Sustento material de la lucha armada*: gestionar la obtención de armamento, pertrechos, combatientes y recursos financieros indispensables para sustentar y expandir la capacidad operativa de la insurgencia. En este punto, la diplomacia se convertía en una extensión logística vital de la guerra de guerrillas.
5. *Reconocimiento y consolidación del nuevo poder*: asegurar, ante el eventual derrocamiento del régimen o el cambio de gobierno, el reconocimien-

to internacional inmediato por parte de la comunidad de naciones. Este objetivo prefiguraba la transición de la diplomacia guerrillera —actor insurgente— hacia la diplomacia estatal —gobierno constituido—, lo que garantizaba la legitimidad del nuevo orden político en el sistema internacional.

La negociación como eje articulador de la diplomacia guerrillera

La implementación del «frente nacional» y el «programa mínimo» implicaba, por definición, la disposición de las vanguardias revolucionarias para alcanzar acuerdos con los sectores democrático-burgueses. El objetivo era doble: derrocar al régimen imperante e instaurar un gobierno de coalición capaz de ejecutar reformas políticas, sociales, económicas y culturales que, bajo la perspectiva marxista-leninista, facilitarían el tránsito ulterior hacia el socialismo.

Siguiendo las tesis de Lenin, la negociación política es el mecanismo indispensable para establecer los consensos sobre el frente nacional y el programa mínimo. Por esta razón, desde el momento en que los comunistas adoptaban esta estrategia, asumían conscientemente que no detentarían el monopolio de la agenda política ni ocuparían la totalidad de los espacios de poder.

En esta lógica, el alcance de los compromisos del nuevo gobierno y la cuota de poder obtenida por los revolucionarios no eran concesiones gratuitas, sino el resultado directo de una correlación de fuerzas multidimensional: 1) fuerza nacional: la capacidad de movilización, el poder de fuego y la representatividad social que la organización marxista ostentaba dentro del país; 2) respaldo estratégico: la solidez de las alianzas con el bloque comunista internacional, y 3) respaldo táctico: la red de alianzas con sectores no marxistas —gobiernos, partidos y personalidades— que legitimaban y sostenían su esfuerzo en el exterior.

En definitiva, la negociación en la diplomacia guerrillera fue el espacio donde se gestionaba la tensión entre las aspiraciones máximas del movimiento y las posibilidades reales impuestas por el contexto nacional e internacional. La habilidad negociadora de la vanguardia determinaba si el «programa mínimo» actuaba como un límite o como una plataforma de despegue para la transformación radical de la sociedad.

La diplomacia guerrillera tras la toma del poder: del frente nacional a la ruptura estratégica

Como se ha argumentado, el concepto de diplomacia guerrillera surge para subsanar un vacío en la teoría de las relaciones internacionales y provee herramientas para historiar las actividades internacionales de los grupos insurgentes en su camino al poder. Dado que la disciplina ya cuenta con un sólido corpus para analizar la política exterior de los Estados constituidos, el ejercicio de la diplomacia guerrillera cesaba en el momento en que el movimiento armado asumía la representación formal del Estado-nación.

Sin embargo, para comprender el ciclo completo de este fenómeno, es imperativo analizar el momento culminante de su accionar. En esta fase de transición, el éxito de la diplomacia guerrillera se manifestaba en la materialización de los acuerdos alcanzados durante la insurgencia. La profundidad de las reformas y la distribución de las carteras ministeriales en el nuevo gobierno de coalición no fueron azarosas, sino que fueron el resultado directo de la correlación de fuerzas nacionales e internacionales consolidada durante la etapa previa.

Este nuevo escenario planteaba una paradoja para la vanguardia marxista-leninista:

- *Los elementos estructurales iniciales*: los espacios de poder obtenidos y la radicalidad de las reformas pactadas con los sectores democrático-burgueses constituyeron el punto de partida para la transición al socialismo. Estos acuerdos determinaban el ritmo —acelerado, pausado o nulo— de la transformación revolucionaria.
- *La ruptura necesaria*: el objetivo máximo de instaurar un régimen socialista implicaba, inevitablemente, la ruptura de la alianza táctica que permitió la toma del poder. En esta etapa, los antiguos guerrilleros iniciaban una confrontación política profunda contra sus aliados nacionales e internacionales de la dimensión táctica.
- *La nueva hegemonía*: el éxito rotundo de la diplomacia guerrillera no garantizaba por sí mismo el tránsito al socialismo. Una vez en el poder, la consolidación del proyecto revolucionario dependió del grado de hegemonía que los comunistas lograban imponer al interior del nuevo aparato estatal para desplazar a sus antiguos aliados y cumplir sus objetivos finales.

En conclusión, la diplomacia guerrillera, mediante sus prácticas y representaciones, podía cumplir su función al sentar las bases de un nuevo poder. No obstante, el destino final del proceso revolucionario quedó sujeto a una nueva

dinámica de lucha política —ya no insurgente, sino estatal—, en la que la capacidad de la vanguardia para gestionar la ruptura con sus aliados tácticos definió la viabilidad del tránsito al socialismo.

La diplomacia guerrillera para estudiar el caso guatemalteco entre 1944 y 1966

En 1919 Lenin convocó a la conformación de la III Internacional (Comintern) como organización de coordinación de todos los partidos comunistas alrededor del mundo. Cuatro años después, en abril de 1923, Luis Díaz, Luis Villagrán y Antonio Obando Sánchez, entre otros, fundaron el Partido Comunista Guatemalteco (PCG). A pesar de tener una presencia numéricamente acotada a núcleos de intelectuales, artesanos y obreros urbanos, su activismo en protestas sociales y huelgas llevó a que el recién nombrado presidente Jorge Ubico (1931-1944) ordenara apresar en 1932 a sus principales dirigentes, algunos de los cuales fueron liberados solamente 12 años después (Taracena, 1989: 60; 2021: 124). En 1943, en el marco de la Segunda Guerra Mundial y ante la necesidad de consolidar alianzas antifascistas a escala global, el PCUS soviético disolvió la III Internacional y formalizó la estrategia de los frentes nacionales, medida que buscaba facilitar la convergencia de los partidos comunistas con sectores democrático-burgueses, buscando así condiciones para el avance del movimiento marxista en naciones no socialistas. Bajo esta premisa de unidad para combatir al fascismo y al imperialismo, en 1944 diversos cuadros comunistas guatemaltecos convergieron con el movimiento democrático-burgués en las protestas sociales que culminaron en el derrocamiento de Jorge Ubico y en el proceso electoral que llevó a Juan José Arévalo a la presidencia (1945-1951).

Un año más tarde, la maduración de esta alianza derivó en la conformación del Partido Acción Revolucionaria (PAR). En 1947, los revolucionarios guatemaltecos convocaron a sus pares de Centroamérica y el Caribe para institucionalizar una red de apoyo mutuo; en reciprocidad por la solidaridad recibida contra la dictadura de Jorge Ubico, el gobierno guatemalteco respaldó activamente los esfuerzos antidictatoriales en la región, dando origen a la Legión del Caribe (Gleijeses, 2021: 110). No obstante, la necesidad de dotar al movimiento de una identidad de clase diferenciada llevó a que, en 1949 —mientras participaban en el primer gobierno de la Primavera Democrática—, 48 cuadros comunistas de Vanguardia Democrática Guatemalteca decidieran separarse del PAR para fundar —o refundar— el Partido Comunista Guatemalteco (PCG) (Taracena, 2021:

119-123). Esta búsqueda de autonomía organizativa no estuvo exenta de tensiones internas que fracturaron la hegemonía de la vanguardia. En 1950 una fracción liderada por Víctor Manuel Gutiérrez Garbín, Hortencia Hernández Rojas, Matilde Elena López, Antonio Obando Sánchez Luis Díaz, Luis Villagrán y Miguel Ángel Valladares se escindió del PCG para conformar el Partido Revolucionario Obrero Guatemalteco (PROG) (Taracena, 2021: 122-123).

Durante la administración de Jacobo Árbenz (1951-1954), la Federación Sindical Mundial intervino para mediar en la fragmentación de la vanguardia en el país, logrando la reunificación de las facciones comunistas. Como resultado de esta gestión internacional, en 1952 se disolvieron el PCG y el PROG para fundar el Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT), organización que alcanzó una incidencia determinante en la promulgación de la legislación laboral y la ejecución de la reforma agraria. Su presencia e influencia en el gobierno de Árbenz fue caracterizada por el gobierno de Estados Unidos —el enemigo hegemónico— como una amenaza a la seguridad hemisférica. Bajo esta lógica, Washington articuló una alianza con la derecha nacional y los gobiernos de Honduras, El Salvador, Nicaragua, Venezuela y República Dominicana para ejecutar el golpe de Estado de 1954, clausurando así la Primavera Democrática (Taracena, 1999: 98).

En el periodo comprendido entre 1954 y 1960, la dirección política de la Primavera Democrática se vio forzada al exilio, desde donde desplegó una estrategia en dos niveles diferenciados. En el ámbito nacional, la alianza amplia guatemalteca ejecutó diversos esfuerzos para reincorporarse a la vida política del país, que oscilaron entre la participación en procesos electorales y el impulso de acciones de fuerza, como atentados contra personeros del régimen y asonadas militares (Vázquez y Campos, 2025: 163-164). En el ámbito regional, los guatemaltecos mantuvieron su organización a través de grupos como el 20 de Octubre y la Unión Patriótica Guatemalteca, con sede en México, y la Unión de Guatemaltecos en Argentina (Taracena y García, 2024: 1334, 1339 y 1342). Además, profundizaron su militancia internacionalista a través de la Legión del Caribe, plataforma desde la cual integraron su lucha en una dinámica de apoyo mutuo a los movimientos antidictatoriales del Circuncaribe. El hito más significativo de esta diplomacia guerrillera fuera de sus fronteras fue la participación en el levantamiento que culminó con el triunfo de la Revolución cubana el 1 de enero de 1959, acontecimiento que reconfiguró radicalmente las posibilidades de apoyo estratégico para el movimiento revolucionario guatemalteco.

El PGT celebró su III Congreso entre el 20 y el 22 de mayo de 1960, en el cual aprobó formalmente que la organización «estaría en disposición de utilizar cualquier forma de lucha en consonancia con la situación concreta» (Figueroa, 2006: 405). Esta declaración constituyó un esfuerzo por negociar y cohesionar la hegemonía de la vanguardia ante la pugna de dos vertientes internas. La primera corriente sostenía que el tránsito al socialismo exigía el desarrollo previo del capitalismo y la consolidación del proletariado. Por consiguiente, privilegiaban la dimensión táctica mediante alianzas con sectores democrático-burgueses para restaurar la Primavera Democrática. En contraste, una segunda vertiente —representada mayoritariamente por la Juventud Patriótica del Trabajo (JPT)— impugnaba esta visión y abogaba por el uso inmediato de las armas, tomando como referente el triunfo de la Revolución cubana en 1959 y su proyección en la dimensión estratégica regional.

Como consecuencia de los acuerdos del III Congreso, durante 1960 los líderes democrático-burgueses y los cuadros comunistas establecieron contactos con oficiales jóvenes descontentos con el gobierno de Miguel Ydígoras Fuentes (1958-1963). Esta negociación táctica cristalizó en el levantamiento cívico-militar del 13 de noviembre. En paralelo a estas acciones de presión interna, el PGT inició la formación de sus propios cuadros, enviando grupos de jóvenes militantes a recibir entrenamiento en guerra de guerrillas en Cuba. Este vínculo con la isla caribeña representó la materialización de la dimensión estratégica de la diplomacia guerrillera y aseguró una retaguardia técnica y logística para la futura insurgencia (Vázquez y Campos, 2025: 163).

Durante 1961, la alianza democrático-burguesa y los comunistas activaron su dimensión táctica al presentar candidatos a las elecciones legislativas. No obstante, el fraude electoral orquestado por Miguel Ydígoras Fuentes para asegurar la mayoría parlamentaria clausuró definitivamente la vía institucional. Ante este cierre, la alianza opositora radicalizó su estrategia mediante una ofensiva multi-forme: impulsó incursiones militares desde México —país donde contaba con redes de apoyo y una retaguardia logística incipiente—, conformó las guerrillas de Huehuetenango y de Concuá, activó células del Movimiento 13 de Noviembre y promovió intensas protestas sociales en la Ciudad de Guatemala. El objetivo estratégico era converger en marzo de 1962, coincidiendo con la toma de posesión de los nuevos diputados. Si bien los militares rebeldes obtuvieron un éxito relativo y las protestas sociales —conocidas como las Jornadas de Marzo y Abril— se extendieron por dos meses, las guerrillas no lograron consolidarse debido a su

precariedad organizativa. El agotamiento de esta fase obligó a la alianza a abandonar el espacio público y a replegarse para reorganizar sus estructuras bajo un nuevo esquema de lucha armada y diplomacia (Campos, 2016: 148-150; Vázquez y Campos, 2025: 164-165).

Este esfuerzo de los revolucionarios guatemaltecos convergió con un punto de inflexión en la historia latinoamericana. En 1961, la administración de John F. Kennedy dio continuidad a los planes de intervención en Cuba, lo que culminó en abril de ese año con el ataque a Playa Girón por parte de fuerzas reaccionarias entrenadas por Estados Unidos y respaldadas por los gobiernos autoritarios y las dictaduras regionales, de forma destacada el de Miguel Ydígoras Fuentes. En respuesta, en febrero de 1962 Fidel Castro proclamó la Segunda Declaración de La Habana; este acto diplomático clausuró la fase del nacionalismo reformista para alinear a la isla con el bloque soviético y el socialismo. La escalada de tensión alcanzó su clímax con la Crisis de los Misiles, que radicalizó los procesos políticos en toda la región y precipitó consecuencias profundas en Guatemala.

Bajo este clima de polarización global, entre diciembre de 1962 y los primeros meses de 1963 la alianza opositora fundó las Fuerzas Armadas Rebeldes (FAR) con el objetivo de desplegar cuatro frentes guerrilleros. Esta estructura, dirigida por oficiales profesionales y asistida por comisarios políticos del PGT —especialmente de la JPT—, integró a militares rebeldes, militantes de la alianza amplia y campesinos de las zonas de operación. Sin embargo, la presión de este nuevo escenario internacional fracturó la hegemonía de la vanguardia: el bloque se escindió entre los sectores democrático-burgueses, que se retiraron de los frentes guerrilleros, y sus redes logísticas, los oficiales anticomunistas que abandonaron la lucha; la facción de Marco Antonio Yon Sosa se ligó al trotskismo internacional, y la juventud de la JPT buscó proyectar a Luis Turcios Lima y al Frente Guerrillero Edgar Ibarra (FGEI) hacia el eje diplomático de La Habana. Esta fragmentación desató una pugna interna que condujo a que las corrientes trotskistas y guevaristas utilizaran sus conexiones externas para disputar la conducción a la «vieja guardia» del PGT (Vázquez y Campos, 2025: 166).

Durante 1965, la salida de Marco Antonio Yon Sosa obligó al PGT a una negociación interna para evitar el colapso. El partido logró retener a la JPT y al FGEI mediante la cesión estratégica de cuotas de poder real y representativo a los cuadros jóvenes. En este contexto, Rolando Morán —militante del PGT y comisario político del FGEI— se trasladó a Cuba, donde capitalizó sus antiguos vínculos con Ernesto Guevara para insertar a la insurgencia guatemalteca en los prepa-

rativos de la Conferencia Tricontinental. Esta gestión diplomática de alto nivel permitió que Luis Turcios Lima fuera recibido formalmente por Fidel Castro y el alto mando revolucionario. Finalmente, el éxito de esta dimensión estratégica cristalizó cuando el militar guatemalteco fue nombrado secretario para América Latina de la organización, lo que otorgó a las FAR el estatus de vanguardia legítima ante los movimientos de liberación nacional del entonces llamado «Tercer Mundo» (Vázquez y Campos, 2025: 166).

Tras su participación en la Tricontinental, Luis Turcios Lima inició una gira internacional que consolidó la dimensión estratégica de la diplomacia guerrillera. En Vietnam, a través de su gestión diplomática logró que se pusieran a disposición de la insurgencia guatemalteca furgones de tren cargados con armamento y municiones capturadas al ejército de Estados Unidos. Simultáneamente, utilizando las redes transnacionales del PGT, viajó tras la Cortina de Hierro para reclutar a estudiantes guatemaltecos becados en los países del bloque socialista, a quienes instó a integrarse al contingente que recibía entrenamiento militar en Cuba. Mientras tanto, el PGT retomó la alianza con los sectores democrático-burgueses y participó activamente en la campaña presidencial de ese año bajo el lema de un «tercer gobierno» de la Primavera Democrática (Taracena, 1999: 100; Vázquez y Campos, 2019: 75-78).

A su retorno, Turcios Lima no solamente encontró que los militantes del FGEI y de la guerrilla urbana habían realizado actividades electorales, sino también la posibilidad del movimiento armado de llegar a un acuerdo con el viejo aliado de la Primavera Democrática y nuevo presidente, Julio César Méndez Montenegro (1966-1970). Sin embargo, esta vía institucional se vio severamente comprometida por el acuerdo secreto que Méndez Montenegro suscribió con el alto mando militar antes de asumir la presidencia; un pacto que otorgaba autonomía al ejército para la conducción de la contrainsurgencia y garantizaba la impunidad de los mandos militares, subordinando efectivamente el poder civil a la estrategia de seguridad nacional (Taracena, 1999: 101). Pese a este estrecho margen de maniobra, el militar revolucionario no abandonó la dimensión táctica y logró reunirse con un pequeño pero influyente grupo de sacerdotes progresistas que realizaban trabajo con la clase media de la capital y con sectores indígenas del occidente. El dirigente preparaba una ofensiva integral para el segundo semestre de 1966. No obstante, su muerte prematura en octubre de ese año truncó esos planes y marcó el cierre de una etapa crucial en la historia insurgente de Guatemala (Vázquez y Campos, 2025: 168).

El uso del concepto diplomacia guerrillera para analizar el periodo entre 1944 y 1966 en Guatemala permite identificar una serie de vacíos historiográficos críticos que las narrativas tradicionales han soslayado al centrarse en la dimensión nacional de la actuación de los marxistas, mientras que el plano internacional suele aparecer como un apunte periférico. Uno de los vacíos más evidentes reside en la arquitectura política, financiera y logística de las redes transnacionales; si bien el relato registra la obtención de suministros en Vietnam o el envío de becarios a la Cortina de Hierro, la historiografía carece de detalles sobre el funcionamiento de los canales que permitieron el flujo de recursos y el movimiento de cuadros bajo la vigilancia del enemigo hegemónico. Este vacío se extiende a las gestiones con países del orbe capitalista, un área que permitiría entender si los comunistas guatemaltecos instrumentalizaron redes de solidaridad de sus aliados tácticos en Europa Occidental o sectores liberales de América Latina para gestionar refugio, asilo y logística militar. Especialmente, resulta imperativo indagar en la gestión de la solidaridad como recurso económico, pues esto demostraría si hubo o no una capacidad de interlocución que desafiaba la lógica binaria de la Guerra Fría.

Asimismo, el concepto revela una falta de información sustancial sobre la agencia diplomática propia de la alianza democrático-burguesa y sus vínculos internacionales más aceptables para el sistema interamericano. Al ignorar estas gestiones, se pierde de vista la naturaleza de la negociación interclase y las garantías que estos sectores exigían a los marxistas a cambio de su capital político. Un elemento fundamental que permanece opaco es el trabajo desplegado en la retaguardia mexicana; aunque se reconoce este territorio como base de incursiones, falta definir la gestión diplomática y los niveles de interlocución con el Estado mexicano que permitieron la tolerancia-persecución de estas redes en un país que, formalmente, mantenía relaciones con el gobierno guatemalteco.

Del mismo modo, el concepto visibiliza el vacío sobre cómo el estatus de «secretario para América Latina» de la Tricontinental otorgado a Luis Turcios Lima funcionaba como un verdadero pasaporte político y una credencial de legitimidad que le permitía negociar ante potencias como Vietnam o la URSS.

Finalmente, el lente de la diplomacia guerrillera hace visible la ausencia de un estudio integral sobre la respuesta estatal y el papel de la inteligencia en la neutralización de las relaciones internacionales de los opositores. Es necesario indagar cómo la cancillería de Ydígoras Fuentes y los servicios de inteligencia de Estados Unidos operaron para sabotear los esfuerzos de la alianza amplia y los acuerdos secretos de tránsito de armamento por países vecinos. Estos elemen-

tos dejan incompleto el análisis tanto de la capacidad de respuesta del Estado ante la amenaza insurgente, como de la acción directa del enemigo hegemónico en la contención del movimiento.

Investigaciones futuras podrían orientarse, por tanto, hacia un rastreo documental de la operatividad técnica y la capacidad de negociación que permitió a los comunistas guatemaltecos constituirse como un actor en el escenario global. Esto implica entender la diplomacia guerrillera no como un accesorio de la guerra, sino como la infraestructura política que permitió bascular entre la movilización de masas nacional y la inserción estratégica en la geopolítica del «Tercer Mundo». Asimismo, sería necesario delimitar con precisión cómo esta plasticidad alteró, de forma irreversible, la correlación de fuerzas en la historia insurgente de Guatemala.

Consideraciones finales. La diplomacia guerrillera como clave para una nueva historiografía de la Guerra Fría

La propuesta de la diplomacia guerrillera presentada en este artículo no busca ser un accesorio decorativo de la historia militar o partidaria, sino constituirse como una herramienta heurística que permite explicar la supervivencia y la agencia de los movimientos revolucionarios en América Latina y el Caribe. Al operacionalizar las dimensiones táctica y estratégica —ancladas en las tesis leninistas del «programa mínimo» y el «frente nacional»—, este concepto permite transitar de una narrativa de «víctimas» o «satélites» hacia una de actores con capacidad de negociación global.

A la luz de lo expuesto, se pueden extraer tres conclusiones fundamentales sobre la utilidad de este enfoque:

1. *La superación de las metonimias y la recuperación de la agencia local.* El concepto permite evitar las simplificaciones historiográficas que han reducido la insurgencia regional al «modelo cubano» o al «poder del fusil». Los procesos políticos y sociales desarrollados durante la Guerra Fría en América Latina en los que participaron las organizaciones marxistas no pueden entenderse sin una diplomacia guerrillera capaz de articular alianzas con sectores no marxistas y de gestionar legitimidad ante el orbe capitalista. Al integrar la «autoadscripción» al campo socialista como una decisión estratégica y no como un destino manifiesto, recuperamos la plasticidad de las dirigencias locales para bascular entre potencias —URSS, China, Vietnam o Cuba— según sus necesidades concretas de legitimación y suministro.

2. *El caso guatemalteco como espejo de los vacíos historiográficos.* La aplicación del modelo al caso de Guatemala (1944-1966) ha demostrado que, donde la historia tradicional ve «apoyos internacionales» genéricos, existe en realidad una compleja arquitectura diplomática. Sin embargo, este ejercicio también revela campos de investigación urgentes. La diplomacia realizada en la retaguardia mexicana, los protocolos de reconocimiento que convertían cargos en organizaciones en legitimidad internacional —como aconteció con la Organización de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina (OSPAAAL)— y el rastreo de flujos financieros del orbe capitalista reconvertidos en logística militar, son elementos que solo cobran visibilidad mediante el lente de la diplomacia guerrillera. Estos «nodos ciegos» señalan que la investigación futura debe orientarse hacia la operatividad técnica de las relaciones internacionales de los marxistas.
3. *Verdad, justicia y la complejidad de la militancia.* Finalmente, el uso de la diplomacia guerrillera tiene una implicación ética y política en los estudios sobre la memoria. Al explicitarla se rompe con la aporía de las «víctimas totales», que suele despolitizar a los actores para facilitar procesos judiciales, por mencionar un caso. Reconocer la militancia y la estrategia internacional de una organización no justifica la represión estatal, pero sí otorga una verdad plena a las futuras generaciones sobre la profundidad de los proyectos que se enfrentaron. La diplomacia guerrillera nos muestra que los «peces» no solo nadaban en el «agua» de los movimientos sociales locales, sino que navegaban en las corrientes de una conflagración mundial con objetivos y tácticas propias.

En conclusión, la diplomacia guerrillera es una invitación a estudiar la Guerra Fría latinoamericana y caribeña desde su propia complejidad meso y macroanalítica. Es un esfuerzo por devolverle al sujeto revolucionario su carácter de actor internacional, capaz de negociar su existencia en el tablero global mientras intentaba transformar su realidad nacional. No es un modelo cerrado, sino una herramienta que debe ser criticada y expandida a partir de la singularidad de cada proceso insurgente en la región.

Agradecimientos

Este trabajo se realizó en el marco del proyecto «Centroamérica en la Guerra Fría. Procesos revolucionarios y conflicto regional», del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe, DGPA-UNAM (Proyecto PAPIIT IN401524).

Bibliografía citada

- Bapat, Navin. (2007). The Internationalization of Terrorist Campaigns. *Conflict Management and Peace Science. Peace Science Society (International)*, 24(4), pp. 265-280. DOI: <https://doi.org/10.1080/07388940701643607>
- Bob, Clifford. (2001). Marketing Rebellion: Insurgent Groups, International Media, and NGO Support. *International Politics*, 38(3), pp. 311-334. DOI: <https://doi.org/10.1057/palgrave.ip.8892332>
- Campos, Fabián. (2016). La Dirección Federal de Seguridad y los revolucionarios guatemaltecos. 1947-1985. En Mario Vázquez y Fabián Campos (Coords.), México ante el conflicto centroamericano. *Testimonio de una época* (pp. 145-167). Ciudad de México: CIALC-UNAM / Bonilla Artiga Editores.
- Coggins, Briget. (2014). *Power Politics and State Formation in the Twentieth Century. The Dynamics of Recognition*. Nueva York, NY: Cambridge University Press.
- Field, Thomas C., Krepp, Stella, y Pettinà, Vanni (Eds.). (2020). *Latin America and the Global Cold War*. Chapel Hill, NC: The University of North Carolina Press Books.
- Figueroa Ibarra, Carlos. (2006). Izquierda y violencia revolucionaria en Guatemala (1954-1960). *Fermentum. Revista Venezolana de Sociología y Antropología*, 16(46), pp. 395-414.
- García Ferreira, Roberto, y Taracena, Arturo (Eds.). (2017). *La Guerra Fría y el anticomunismo en Centroamérica*. Guatemala: FLACSO.
- Gleijeses, Piero. (2021). *Shattered Hope: The Guatemalan Revolution and the United States, 1944-1954*. Princeton, NJ: Princeton University Press.
- Grandin, Greg. (2011). *The Last Colonial Massacre: Latin America in the Cold War*. Chicago, IL: The University of Chicago Press.
- Harmer, Tanya. (2017). *El gobierno de Allende y la Guerra Fría interamericana*. Santiago de Chile: Universidad Diego Portales.
- Hensell, Stephan, y Schlichte, Klaus. (2025). *Armed Groups and the Politics of International Legitimation*. Oxford: Oxford University Press.
- Huang, Reyko. (2016). Rebel Diplomacy in Civil War. *International Security*, 40(4), pp. 89-126. DOI: https://doi.org/10.1162/ISEC_a_00237
- Keohane, Robert, y Nye, Joseph. (2012). *Power and Interdependence*. Boston, MA: Longman.
- Lenin, Vladimir I. (1961). Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática. En *Obras escogidas* (vol. 3). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir I. (1977a). ¿Una revolución del tipo de la de 1789 o la del tipo de la de 1848? En *Obras completas* (tomo IX). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir I. (1977b). El proletariado y la revolución burguesa. En *Obras completas* (tomo IX). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir I. (1977c). La campaña de los Zemstvos y el plan de Iskra. En *Obras completas* (tomo IX). Moscú: Editorial Progreso.
- Lenin, Vladimir I. (1977d). La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo. En *Obras completas* (tomo XI). Moscú: Editorial Progreso.

- Lenin, Vladimir I. (1977e). Plan general de resoluciones del Congreso. En *Obras completas* (tomo IX). Moscú: Editorial Progreso.
- Rouillé D'Orfeuill, Henri. (2008). *La diplomacia no gubernamental: ¿pueden las ONG cambiar el mundo?* Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Sartori, Giovanni. (2010). *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. Ciudad de México: FCE.
- Spenser, Daniela (Coord.). (2004). *Espejos de la guerra fría: México, América Central y el Caribe*. Ciudad de México: CIESAS / Miguel Ángel Porrúa.
- Taracena, Arturo. (1989). El primer Partido Comunista de Guatemala (1922-1923). Diez años de una historia olvidada. *Anuario de Estudios Centroamericanos*, (15), pp. 49-63.
- Taracena, Arturo. (1999). El camino político de Miguel Ángel Asturias. *Mesoamérica*, (38), pp. 86-101.
- Taracena, Arturo. (2021). Reflexiones de metodología y de memoria histórica en el caso del Partido Guatemalteco del Trabajo (PGT). *Revista de Análisis de la Realidad Nacional*, 10(126), pp. 118-131.
- Taracena, Arturo, y García, Roberto. (2024). El grupo «20 de octubre» y la Unión Patriótica Guatemalteca, 1955-1964. Capítulo olvidado del exilio revolucionario guatemalteco en México. *Historia Mexicana*, 73(3), pp. 1319-1358. Disponible en <https://historia-mexicana.colmex.mx/index.php/RHM/article/view/4703>
- Vázquez, Mario, y Campos, Fabián. (2019). Solidaridad transnacional y conspiración revolucionaria. Cuba, México y el Ejército Guerrillero de los Pobres de Guatemala, 1967-1976. *EIAL. Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, 30(1), pp. 72-95. DOI: <https://doi.org/10.61490/eial.v30i1.1598>
- Vázquez, Mario, y Campos, Fabián. (2025). Guatemala: cuatro décadas de insurgencia persistente. *Cuadernos Americanos*, (191), pp. 159-199. Disponible en https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/handle/CIALC-UNAM/A_CA2200
- Westad, Odd Arne. (2015). *The Global Cold War: Third World Interventions and the Making of our Times*. Nueva York, NY: Cambridge University Press.

Cómo citar este artículo:

Campos Hernández, Fabián. (2026). La diplomacia guerrillera: una propuesta conceptual para estudiar la Guerra Fría latinoamericana y caribeña. *Revista Pueblos y Fronteras Digital*, 21, pp. 1-31. DOI: <https://doi.org/10.22201/cimsur.18704115e.2026.v21.819>